

Lógicas urbanas...

de Mathieu Perrot

Traducido por Nathalie Greff-Santamaria y Alejandro Toro Vallejo

A. "La cálida suciedad de los mercados"

Hoy en día, si quieren estar un poco "in", es mejor pensar en términos de "solidaridad", "humanidad". Lindo suena, isin duda!. Por eso, no seré el primero en alabar la belleza y todo lo precioso de las plazas de mercado... Ya se habían ocupado de ello en el siglo XIX con iel terrorismo de los grandes almacenes que arruinan la pequeña gente y la vida de barrio! Pero miren como hoy dominan los mercados: se establecieron las grandes infraestructuras, se convirtieron en una plaga y los inverosímiles Malls Bangkokianos, complejos sin complejo, se imponen, sencillamente. En Occidente, les gusta volver a los valores antiguos, se visten "retro", compran en las plazas populares, cierta nostalgia parece ahogar a las poblaciones. Se dice: "los mercados, son la vida, el encuentro, el diálogo; es como reencontrarse un poco con la humanidad que hacía vivible las ciudad antes". Para quién haya puesto los pies en un centro comercial, es bastante difícil no percibir que es limpio, pero *frío*. El mercado es sucio, pero *cálido*. Otros dirán también: "¿el mercado? se grita, se empuja" pero aquellos ya habrán restado la parte animal que tenemos dentro, aquéllos ya habrán dejado de habitar en el mundo de la carne. En uno evitamos los contactos, nos ponen bajo plástico, como cadáveres; en el otro, sólo se puede regatear, hervir y vivir. Inútil parece ahondar más en la comparación.

El mercado tiene sus encantos, indudablemente. Pero, ¿qué decir de los grandes centros, las protuberancias urbanas? ¿Se tratará de lunares sobre la cara de las ciudades, o tumores malignos?.

El centro cataliza la depresión: culpabilidad después de haber sucumbido al consumo, frustración de no poder comprar, soledad congelada en la implacable sonrisa de las cajeras, profusión de productos de todo tipo que nos amarga y nos vuelve caprichosos como los niños mimados: ya, no conocemos más, ni la escasez, ni la sorpresa, ni la espera. Todo está listo, perfecto, y disponible... a "pedir de boca". Pero esta inflación depresiva en la cual nadie aporta nada a nadie, en la cual no hay que luchar para regatear y vivir, en la cual todo se reduce a un ser o estar generalizado, esta depresión también puede tener consecuencias culturales profundamente interesantes: ies gracias a estas sensaciones de soledad y vacío que mejor se expresa el talento de un artista! ¿Acaso estos enormes centros serían fábricas para formar artistas torturados? ¿Estaría llegando una nueva era cultural...? Pronto, hablaremos del flechazo en el ascensor de tal shopping.

Sin embargo, el gobierno lo entendió todo, para evitar un índice de suicidio extraordinario, es mejor todavía aportar un poco de vida y naturaleza en estos paisajes grises: en Chicago, cada edificio nuevo debe proveerse de jardines colgantes, lo que limita los efectos caniculares por una parte, y haciendo la ciudad más verde; en Nueva York, el alcalde quiere plantar 100.000 árboles para reducir el uso del aire acondicionado y reverdecer un poco las mentes. En Pekín, se replanta todo lo que se puede para detener el desierto. Las ciudades se exportan hacia el campo para las conveniencias de los rurbanos¹, los suburbios se amplían, los transportes facilitan la expansión de las ciudades. Y mientras que se extienden tentacularamente, a la medida de la explosión demográfica, el campo, o más bien la idea de campo, disminuye pero también se inmiscuye en el seno de las lógicas urbanas.

¹ Término nacido de la contracción entre los adjetivos « rural » y « urbano » para definir un estado intermedio.

Siguiendo esta proyección, tendremos zonas desérticas por una parte, y por otra, megalópolis en retazos, con algunos puntos verdes, por los ricos. El campo en realidad se resumirá en algunos invernaderos de producción ultraintensivos.

B. Sueños de un vagabundo filántropo

El veneno parece en Occidente una perfección, un esquema cerrado en el cual se nace para estar atrapado como una rata. Y de hecho uno se convierte en rata. Hormiguea incluso en las calles. La perfección de los planes nos compromete, y la conciencia de las falsas opciones nos vuelve enfermos; todo está previsto ya, hasta el cambio. Toda modificación que está por venir, sea cual sea, al parecer ha sido pensada. Incluso el viento se prevé de antemano, basta con mirar el pronóstico meteorológico, todo está ahí muy bien explicado. Todo nace prematuro, anticipadamente, y se vive cada vez menos, en contra de lo pronosticado... la esperanza de vida toma como una vuelta irónica: esperamos vivir hasta la muerte, sin nunca haber intentado vivir. Estudiamos siempre indicadores en la escuela, pero se cuidarán bien en los institutos estadísticos revelarnos cierta experiencia de vida cuya curva es una caída vertiginosa.

La vida de una ciudad: los hombres de gris dirán "su eficacia, su productividad"; los hombres de verde dirán "sus espacios, sus parques"; otros dirán "su policía, sus impuestos", otros aún "la diversidad de sus comercios"... pero ninguno quizá habrá comprendido la verdadera vitalidad de una ciudad, sus encantos secretos: sus cortes eléctricos. Bueno, por supuesto, a primera vista no parece muy serio todo eso, pero es precisamente lo que le da tanta seriedad en realidad; ¡piénsenlo! ¿qué hay más maravilloso que un apagón para regresar a la vida primitiva, a lo básico? En las capitales más modernas del globo, lo intentan: Katmandou, por ejemplo. Un promedio de un corte por día; todo se detiene, todo se corta.. Ni siquiera hay, como en la India, ruidosos generadores individuales utilizados por los más ricos para enfrentar la penumbra; sólo esperamos que vuelva. Y vuelve. Acuérdense de esta excitación inaudita, cercana a un entusiasmo incomprensible que les invadía cuando eran niños, estos pequeños cortes generalizados en el barrio o incluso en la ciudad entera, y el adulto que baja a buscar velas en el sótano, en un placard nunca abierto, un armario prohibido, que encierra desde siempre brujas listas para brincar. ¡Ah... estas velas! la tarde tomaba entonces un aire de cumpleaños, se celebraba cualquier cosa: ¡el televisor que adormecía a todo el mundo, que hablaba para todo el mundo, cortando la palabra, monopolizando la conversación hasta el sueño de todos, puf! Nada más; y todos se encuentran en la misma sala, silenciosa, iluminada por lágrimas de cera. Una burbuja se forma alrededor de los halos amarillos, junto a nosotros. Los fantasmas se esconden detrás de las cortinas, los monstruos en la escalera, todos los ricones hormiguean de magia, y en fin vuelve la calma. No más ruido, no más música, no más palabras, empezamos a cuchichear porque todo el mundo perdió la costumbre de estar juntos, la palabra toda desnuda, sin ruido ninguno, sin red. Los cortes eléctricos son una salvación, lo fantástico del imprevisto en su estado puro, las hadas de la modernidad. Este erotismo tremendo que estalla repentinamente en las calles: la penumbra... manos que rozan desconocidos en una proximidad peligrosamente sensual, todo vuelve a ser posible. Y todo vuelve a ser hermoso. El edén debe parecerse a un jardín cuya iluminación abandona el lugar de repente. Espero a quien venga a denigrar esta felicidad: que me explique estas multitudes reunidas para observar el cielo cuando el sol, por algunos minutos, se eclipsa; millares de personas recorren cientos de kilómetros para "ir a ver" esta magia durante la cual todas las ciencias precisas se desvanecen para dejar lugar al placer infantil del fenómeno; todas las televisiones nacionales hablan de ello. ¿Y qué es un eclipse solar... ¿qué más puede ser?, ¿sí no un corte de la corriente en nuestra galaxia?